esta cuenta otra grandiosa obra, que ella sola podrá hacer insigne á cualquiera ciudad de Europa. Esta es de casi una legua de arcos labrados de cantería sobre los cuales corre una grande atarjea de agua dulce y muy saludable que á toda la ciudad se reparte. Porque la de su laguna no se puede beber por ser algo salobre. Obra ésta en que se ha gastado gran suma de plata, y con lo cual se podrá entender la opulencia que Dios ha dado á esta ciudad, á que si se añade el número de millones de plata que en tantos años ha enviado á España, se echará bien de ver con qué magnificencia, aun en este Mundo, ha pagado Dios á sus católicos Españoles el haber plantado su Fe santa en este Nuevo Orbe. Porque lo cierto es que lo que en primer lugar han procurado siempre esos Españoles católicos en los Reinos que la divina Providencia con admirables sucesos y victorias les ha dado, ha sido que se plante y conserve en ellos la fe apostólica romana. Y aunque en particular no todos los ánimos de los vasallos en sus armadas lleven esa alta pretensión y divino designio, pero lo cierto ha sido que en sus empresas grandes los más valerosos capitanes Españoles, en saltando en las tierras que han ganado, lo primero que han hecho y procurado, ha sido levantar el estandarte de la Santa Cruz de Cristo, mostrando en eso su deseo de que este Señor Crucificado sea conocido y reverenciado de todas las gentes del Mundo. En particular del gran Hernando Cortés, á quien Dios escogió para que descubriese el Nuevo Mundo, se escribe que en su estandarte llevaba esta letra: Amici, sequamur Crucem (D. Fernando Pizarro, de Varón Ilustre, cap. 11, observación 1ª); y habiendo tomado la primera isla de donde pasó á tierra firme de Nueva España, industrió luego en la fe el católico capitán á los Indios que la habitában, derribando los ídolos que tenían por sus dioses, y los mismos Indios conociendo su error los quebraban y hacían pedazos con sumo gusto, y mayor del capitán Cortés que en su lugar colocó una imagen de Nuestra Señora á que quedaron tan devotos los Indios, que cuando veían algún Español no se les caía de la boca el nombre de María, María; Cortés, Cortés: y á este intento pudiera traer otros muchos testimonios que lo confirmaran, si no temiera el alargarme. Testigos de vista somos, los que aún vivimos, de haber visto derribados por tierra en México gran número de ídolos de estupenda grandeza y forma en que era adorado el demonio, y el que escribe esta Historia alcanzó á ver la gran piedra de forma redonda y labrada de varias figuras que servía de altar en que cada año se sacrificaban veinte mil hombres de enemigos de los mexicanos gentiles, que cautivándolos en guerra, y abriéndoles el pecho y sacándoles el corazón y tirándolo al ídolo se lo sacrificaban; y ya hoy vemos convertido este abominable sacrificio en el sacrosanto, vivífico é incruento del Cuerpo y preciosísima Sangre del Cordero de Dios, Cristo Jesús, que en tanto número de santos altares de esta dichosa ciudad es sacrificado y se da en manjar á sus vecinos Españoles é Indios. Pues quién con alegre admiración no dará infinitas alabanzas á Dios por esta mudanza para lo cual escogió Dios por instrumento á sus católicos Españoles, y por medio de la cual incomparablemente es hoy más insigne y célebre que jamás lo fué la Ciudad de México.

dus, albarradas, ribescapt costosiatno desegüe. Ni tampoco curra en

squellos porajes, y al punte el VII stresala le penta sobre braseros. Tal yez chen que coma petato III serve branana bien aderezada y

Hace insigne á la ciudad de México el ser cabeza del Imperio mexicano, de donde se dió principio á la predicación del Evangelio en el Nuevo Mundo.

Aunque hacen célebre á la ciudad de México lo que queda dicho de su planta, sus edificios y grandiosas fábricas, no menos la ha hecho y hace célebre y señalada el haber sido en tiempo de su gentilismo cabeza del grande Imperio mexicano, y serlo hoy del que ya lo es cristiano. Extendíase este imperio en tiempo de su Emperador Moctezuma por espacio de seiscientas leguas pobladas todas de innumerables pueblos y ciudades. Fueron muchos los reyes que sujetó é hizo tributarios á su corona, y aunque algunas ciudades y lugares grandes no muy distantes á México resistieron á su imperio y sustentaban la guerra contra el Emperador Moctezuma, él por razón de estado y político Gobierno, no cuidaba mucho de rendir y sujetar del todo á sus enemigos, lo uno, porque sus vasallos tuviesen con quien ejercitar las armas; lo otro, por tener víctimas de hombres vencidos, que en gran número sacrificaba á sus ídolos y en ellos á los demonios. La magnificencia de los Palacios que en la ciudad de México tenía este Emperador, el número de criados, y muchos de ellos, grandes señores que se aposentaban en la Casa Real, el aparato de su mesa y manjares que se le preparaban, la reverencia con que le servían, los jardines de flores, estanques de agua poblados de innumerable género de aves acuátiles, el cuarto de por sí para leoneras y animales fieros; todo representaba tal majestad y grandeza de la ciudad de México y su Emperador (Torquemada, tomo 1°, § 3, cap. 25 y lib. 2, cap. 88 y 89), que á no estar aprobada con tantos testimonios dignos de todo crédito, y memorias que hoy quedan, pareciera increible, y de ellos sólo diré aquí lo que pareciera más á propósito convenir. Y sea lo primero, que para guardia y asistencia del Emperador Moctezuma, entraban cada día en su Palacio tres mil hombres, los seiscientos de ellos señores y caballeros muy principales, y aun hay quien diga que llegaban á cinco mil, porque fuera de los Reyes que este Monarca había sujetado, tenía debajo de su imperio treinta señores de á cien mil vasallos y tres mil señores de lugares y pueblos, y otros muchos de prominentes cargos. Muchos de ellos residían en México cierto tiempo del año, en reconocimiento del gran Señor, con mucho número de criados, demás de los nobles continuos de la ciudad y su casa Real. Fuera de estos era grande el número de Indios de servicio en Palacio cercanos al principal, los cuales cuidaban de tener limpios los estanques de agua, que eran muy grandes, y de dar de comer á las aves, animales y fieras que tenía enjaulados, de todos cuantos géneros se hallaban doscientas leguas á la redonda, de suerte que cuando los vieron los Españoles les pareció que jamás habían visto tanta variedad de animales y aves.

Cuando llegaba la hora de comer, traían á una grande sala la comida de este Emperador, cuatrocientos pajes hijos de caballeros y tres mil platos de viandas con otros tantos vasos de vino; al pasar por una sala donde el Emperador estaba, significaba lo que gustaría comer de